

# Los procesos de Moscú y las “purgas”.

---

Tal y como vimos en su momento, la derrota física de la «oposición de izquierda» dentro del Partido coincidió con la asunción de muchas de sus ideas por parte de la dirección de aquél, con Stalin a la cabeza. El énfasis en la necesidad de acelerar el crecimiento industrial y la firme decisión de acosar a las capas pudientes de la población que se habían visto beneficiadas por la NEP pasaron a formar parte de las políticas oficiales. Es bien cierto, sin embargo, que los criterios triunfantes no incorporaban todo el acervo de ideas característico de la «oposición de izquierda». Así, la reivindicación de mejoras sustanciales en la situación material de los campesinos y de los trabajadores pobres había caído en el olvido, y otro tanto podía decirse de las demandas, tan sólidas como frecuentes, de una mayor democracia interna.

El auge, bien que relativo, de muchas de las viejas ideas de la «oposición de izquierda» tenía por fuerza que inquietar a los sectores más moderados del Partido, encabezados por figuras como Bujarin, Ríkov, Kalinin o Tomski. Para éstos, las nuevas medidas que se estaban poniendo en práctica no resolvían los problemas, que eran consecuencia de meros errores en la aplicación de una política, la NEP, necesitada únicamente de algunos reajustes. No faltaban moderados que estimaban que las medidas extraordinarias desplegadas por Stalin tenían un carácter pasajero y merecían, por tanto, un respaldo condicionado a que, una vez rectificadas algunas situaciones, la política general recobrase el curso marcado por la NEP. Algunos de los movimientos protagonizados por Stalin suscitaban, de cualquier modo, una notoria inquietud entre los miembros de la «oposición de derecha», para quienes no era en modo alguno impensable un acercamiento entre la dirección del Partido y una «oposición de izquierda» cuyas ideas adquirirían un renovado predicamento.

Aunque la represión de los años treinta no dejó al margen a sector alguno de la vida soviética, algunas de entre sus víctimas más significadas fueron los «opositores de derecha». No hay que olvidar al respecto que durante varios años, y pese a la timidez y ambigüedad de su contestación, configuraron los únicos elementos de disensión de alguna entidad, y lo hicieron además cuestionando los cimientos de las políticas económicas que Stalin desplegaba con mano férrea. La entidad de la «oposición de derecha» fue, de cualquier manera, mucho menor que la que bien poco antes habían protagonizado los Trotski, los Zinóviev y los Kámenev. De hecho, aunque muchos de los opositores que nos ocupan conservaron sus puestos hasta bien entrados los treinta, puede afirmarse que al concluir 1929 Stalin se hallaba ya cómodamente asentado en el poder. Ello no quiere decir que su inclinación hacia la represión no encontrase, en un primer momento, obstáculos. Así, y por citar los ejemplos más significativos, en 1930 el castigo recibido por dos «opositores de derecha» -el primer ministro de la República de Rusia, Sirtsov, y el secretario del Partido en el Cáucaso, Lominadze- que en conversaciones privadas habían mostrado su discrepancia con respecto a las políticas agrarias, consistió en una simple degradación de funciones; la dirección del Partido impidió que fuese ejecutado, por otra parte, un miembro del Comité Central, Riutin, que había elaborado un programa contestatario de las políticas oficiales. No está de más recordar, en fin, que en el XVII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, en 1934, algo más de un 20% de los delegados pudo votar contra Stalin en la elección del nuevo Comité

Central. En ese mismo año, por cierto, la OGPU había sido reemplazada por una nueva organización político-policial, llamada *Narodni Komitet Vnutrennij Del* (NKVD, «Comité del Pueblo para Asuntos Internos»).

La relativa moderación de la acción represiva algo tenía que ver con el prestigio de una figura, la de Serguei Kírov, cuyo asesinato en Leningrado, en diciembre de 1934, parece que fue organizado, de acuerdo con interpretaciones no exentas de argumentos, por el propio Stalin. Fueren las cosas como fueren, lo cierto es que este último aprovechó esa oportunidad para actuar por enésima vez, y en esta ocasión sin contención alguna, contra los restos de las oposiciones de izquierda y de derecha. Así, setenta opositores de izquierda, con los preteridos Zinóviev y Kámenev a la cabeza - Trotski ya había marchado al exilio-, fueron inmediatamente detenidos, con acusaciones entre las que se contaban las de conspirar para derrocar el sistema soviético y para restablecer el capitalismo en la URSS. Aunque algún antecedente hay de un comportamiento semejante -así, el proceso Shajti, de 1928-, acaso fue en ese momento cuando se hizo notar de manera manifiesta el tipo de comportamiento policial-legal común, poco después, en los llamados «procesos de Moscú». En la primera ronda de esos procesos, en agosto de 1936, Zinóviev, Kámenev y algunos miembros más de la vieja guardia bolchevique fueron condenados a muerte y ejecutados tras «confesar» sus relaciones con Trotski y su participación en una conspiración para atentar contra Stalin y otros de los dirigentes del momento. En la segunda, en enero y febrero de 1937, acusaciones semejantes recayeron sobre Piatakov -comisario del pueblo para la Industria Pesada- y Radek; el primero fue ejecutado y el segundo murió en un campo de concentración. El tercer proceso, celebrado en marzo de 1938, condujo a la muerte a Bujarin y a Ríkov, quienes, además de reconocer su supuesta pertenencia a un «bloque trotskista de derecha», admitieron su participación en una conspiración internacional para derrocar al régimen soviético. En el transcurso de estos procesos muchos de los que en su momento habían colaborado o simpatizado con Trotski rechazaron virulentamente su figura, de la misma forma que quienes se habían opuesto, con mayor o menor energía, a Stalin confesaron su admiración por éste.

No debe olvidarse el procedimiento «legal» seguido en esos años, apoyado en una campaña de reuniones públicas en las que se exhortaba a los opositores a confesar sus errores y a denunciar a sus compañeros. Se introdujo una «ley extraordinaria» en virtud de la cual las personas acusadas de «terrorismo» perdían todo derecho de protección al tiempo que se aceleraban extraordinariamente las causas. La condición de miembro del Partido, en la que muchos se habían resguardado con anterioridad, perdió toda importancia. El testimonio verbal y escrito de los procesados -obtenido, como es fácil suponer, a través de torturas, interrogatorios inacabables, amenazas a los familiares más allegados y presiones de distinto orden- era fundamental, toda vez que difícilmente podían existir pruebas materiales de la veracidad de las acusaciones. Al respecto fue también decisiva, lo acabamos de señalar, la delación. La propia aceptación del poder omnímodo del Partido que muchos acusados exhibían facilitó, por cierto, estas tareas y justificó una interpretación muy común: la que, obviando la importancia de unos aparatos policiales que alcanzaban todos los rincones, presentaba al Partido leniniano, sin dobleces, como una entidad inmune a turbulencias sociales y cambios internacionales, situada al margen de la historia y portadora de una sabiduría incontestable. En las palabras de A. Koestler, «tanto tú como yo podemos cometer un error, pero el Partido no. El Partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la lústoria, que no conoce escrúpulos ni vacilaciones. Aquel que no tenga fe en absoluto

en la lústoria no puede pertenecer a las filas del Partido. El curso del Partido, como el estrecho paso de los montes, está agudamente marcado. El más ligero paso que se dé en falso, ya hacia la izquierda, ya hacia la derecha, hará que uno se precipite en el abismo» (Koestler, 1974,30). El Partido, que a finales de los veinte contaba ya con más de un millón de afiliados, se había dotado, por añadidura, de un complejo aparato administrativo bien alejado de la improvisación característica de los primeros años revolucionarios. Era el responsable, también, de una doble tarea. Por un lado acometía una singular «revisión de la historia» que conducía a encumbrar sin restricciones la figura de Stalin; a los proscritos después de 1917 -y entre ellos mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas- se agregaban ahora las figuras de Trotski y de muchos de los viejos bolcheviques, que sólo aparecían en los manuales cuando se trataba de subrayar sus diferencias, reales o ficticias, con Lenin. Por el otro, se encargaba de refrenar cualquier tipo de contestación internacional: el movimiento comunista permanecía callado y aquiescente, mientras las potencias extranjeras, ignorantes, se mantenían en la línea de no inmiscuirse en los asuntos internos de otro Estado.

El resultado de la campaña represiva asestada contra opositores, y contra dirigentes del Partido sin mayor connotación, fue un dramático descabezamiento de éste. A las ejecuciones reseñadas se agregaron las «muertes accidentales» y los suicidios protagonizados por figuras como Tomski, presidente de los sindicatos, Kúibishev, responsable del máximo organismo de planificación, y el comisario del pueblo Orzhonikidze. El exilio no le permitió a Trotski escapar a la misma suerte de tantos otros: fue asesinado, en México, en agosto de 1940. De acuerdo con una estimación, de los 139 miembros del Comité Central del Partido elegidos en 1934, 110 fueron detenidos, y 98 de ellos ejecutados, con anterioridad a 1939. Sólo 58 de los 1.966 delegados presentes en el XVII Congreso, en 1934, asistieron al siguiente evento congresual, en 1939; 1.108 delegados fueron ejecutados. La «purga» se extendió también, no hay que olvidarlo, a la cúpula de las propias fuerzas armadas, como lo demuestra la ejecución de su representante más renombrado: el mariscal Tujachevski. En 1940 el 75% de los mariscales, todos los primeros responsables y vicerresponsables de ejército, el 91 % de los comandantes de cuerpo, el 70% de los de división y de regimiento y más del 60% de los comisarios políticos habían sido arrestados. Toda la «vieja guardia» bolchevique fue, por lo demás, purgada, como lo demuestra que a finales de los años treinta ya no se encontrasen con vida la mayoría de los miembros de los comités centrales del Partido designados entre 1917 y 1923, Y los tres secretarios de aquél que se sucedieron entre 1917 Y 1919. En los hechos, «Stalin consiguió superar los más salvajes de los sueños de los responsables de la policía zarista en lo que respecta a la destrucción del movimiento revolucionario en Rusia» (Hosking, 1990b, 193).

Pero no sólo los diferentes «aparatos de poden» padecieron la represión. Esta alcanzó, muy al contrario, a toda la población, sometida a una enorme tensión y sin garantía alguna de defensa frente a las arbitrariedades policiales. Muchas eran las personas que, en previsión de lo que podía ocurrir, se hacían acompañar siempre de una pequeña maleta con los enseres más indispensables; estos últimos no mitigaban, sin embargo, el hambre y las enfermedades que eran datos comunes en todos los campos de trabajo. De acuerdo con diferentes estimaciones, entre tres y quince millones de personas visitaron los campos estalinianos en los años treinta. Sin incluir a los condenados por delitos comunes, R. Conquest ha fijado en ocho millones los residentes en los campos en 1938, y ha evaluado en doce millones las víctimas mortales de la represión desplegada entre 1936 y 1950. La agregación de las víctimas

de la colectivización forzosa de la agricultura, anterior al primero de esos años, bien podría elevar el cómputo a los quince o los veinte millones de personas. Bien ilustrativo es que Beria, nombrado responsable de los aparatos policiales en 1938, apostase por la liberación de un buen número de los detenidos aduciendo al respecto que, de lo contrario, apenas habría nadie a quien encarcelar.

Mucha atención le han prestado los historiadores, en fin, a las razones que, en su caso, pueden explicar la ferocidad de la represión desatada en los años treinta. La delimitación de un claro objetivo económico -el que se abrió camino de la mano de la colectivización y la aceleración industrial- a cuya satisfacción se supeditaban todos los demás aspectos de la vida es una de ellas. El Partido reforzó de manera visible los mecanismos jerárquicos que siempre habían estado en su seno, y asumió con rotundidad la perspectiva de una dirección única y omnisciente que, sin controles desde la base y sin disputas en la cúpula, daba solución a todos los problemas. La desaparición de las facciones internas propició la consolidación de un complejo sistema de redes de influencia en el que las identificaciones lo eran con personas concretas, y nunca con proyectos políticos o, menos aún, con opciones en las que encontrase reflejo la voluntad de oponerse a las medidas adoptadas desde la cúpula. El fortalecimiento de una figura concreta, la de Stalin, abocó, por lo demás, en una personalización del poder acompañada de un manifiesto culto. Stalin aprovechó esta circunstancia para acabar con todos aquellos que en el pasado habían mostrado, con respecto a él, algún tipo de diferencias: la expresión de opiniones contrarias, que Lenin había tolerado en los primeros años revolucionarios, no tenía cabida en un régimen que exigía adhesiones absolutas. El lenguaje, al mismo tiempo, experimentó un progresivo agostamiento: «Había una o dos docenas de adjetivos cuyo empleo era seguro y hasta obligatorio: decadente, hipócrita y morboso (aplicados a la burguesía capitalista); heroico, disciplinado y portador de conciencia de clase (para el proletariado revolucionario); pequeño burgués, romántico y sentimental (para los escrúpulos humanitarios); oportunista y sectario (para las desviaciones hacia la derecha y hacia la izquierda, respectivamente); mecanicista, metafísico y místico (para las concepciones intelectuales erradas); dialéctico y concreto (para las concepciones correctas)...» (Koestler, 1974,31).

Nada sería más equivocado, sin embargo, que pensar que las políticas estalinianas no encontraron beneficiarios en capas importantes de la población: la propia permanencia de Stalin en el poder habría sido entonces poco menos que inexplicable. En los años treinta las «purgas» permitieron un notabilísimo incremento de la movilidad social, que algo le debía también, es cierto a la creación de un sinfín de puestos de dirección y al crecimiento del número de «cuellos blancos» que nacían al compás de los procesos de industrialización y colectivización. Gracias a la renovada movilidad, pudieron acceder a puestos de relieve muchos jóvenes ambiciosos, los llamados *Vídvizhentsi*, que de otra manera hubieran debido aguardar el paso del tiempo; en relación con ello las delaciones desempeñaron también un activo papel. Algunos de entre quienes dirigieron la URSS tras la muerte de Stalin - así, Jrushchov, Brézhnev o el eterno ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko- se beneficiaron de esa movilidad social que nos ocupa, toda vez que, desde los centros directivos de la industria, desde el Partido o desde las estructuras de gobierno, realizaron meteóricas carreras en estos años.

Tampoco debe olvidarse que, en la última etapa de un proceso iniciado a principios de la década de 1920, muchos de los representantes de las «clases» derrotadas en octubre de 1917 mostraron indicios claros de integración en el nuevo régimen. Aunque no faltaron casos de actuaciones represivas contra esos grupos

humanos -así, el mencionado proceso Shajti-, muchos profesionales veían con buenos ojos la restauración de la «ley» y del «orden», y el acento en la industrialización y la tecnificación, impulsados por Stalin. Algunos estimaban que el régimen soviético estaba acometiendo con éxito, por otra parte, la tarea de construcción de un Estado granruso en la que el imperio zarista había fracasado. Es difícil calibrar, de cualquier modo, en qué medida sucumbieron a la dramática extensión del terror. La principal secuela de esta última fue una sociedad no menos dramáticamente uniformizada, como lo certifican las palabras de Rosengoltz, una de las atribuladas víctimas de los procesos de Moscú: «Por primera vez la vida está en su apogeo, desbordante de alegría y de colorido. Millones, decenas de millones de hombres, los niños y los ciudadanos de la URSS, incluidos mis propios hijos, cantan: "Qué hemos a es mi patria querida, no existe en el mundo otra en que el mundo pueda sentirse tan libre". Y estas palabras las repito yo, que estoy prisionero: no existe país en el mundo en el que el entusiasmo por el trabajo sea tan grande, en el que la risa suene con tanta alegría y júbilo, en el que las canciones broten con tanta soltura, en el que los bailes sean tan animados, en el que el amor sea tan hermoso» (Broué, 1988, 215).

Texto extraído de: La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo XX.  
De Carlos Taibo. Págs. 95-100. Editorial Síntesis.  
Madrid 1999.